

Un soldado del contingente de paz de la Unión Africana patrulla las calles de Bangui, capital de la República Centroafricana.



República Centroafricana

UN CONFLICTO ABIERTO, una paz remota

El país africano sigue hundido en la violencia étnica y religiosa, y solo un mayor esfuerzo internacional podrá paralizar una situación que amenaza con afectar a toda la región

CUANDO se cumple un año del golpe de Estado de Djotodia, al frente de una coalición rebelde de mayoría musulmana, los *Seleka*, el nuevo gobierno de transición de la presidenta interina, Catherine Samba-Panza, no tiene capacidad alguna para imponer la paz. Ahora, la situación se ha revertido y los grupos *anti balaka* —una amalgama de combatientes y milicias vinculadas con simpleza al cristianismo— despliegan una crueldad inusitada: «Se está produciendo la limpieza de los musulmanes en el oeste del país —señaló el 13 de marzo el Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, Antonio Guterres—, y miles de civiles son asesinados ante nuestros ojos».

Lejos de avanzar hacia la paz, la República Centroafricana se dirige peligrosamente hacia un abismo del que le será cada vez más complicado salir. La historia de esta ex colonia francesa, con una extensión de 623.000 kilómetros cuadrados y una población de algo más

de cinco millones de habitantes, está marcada por una convulsa concatenación de gobiernos despóticos, por una manifiesta corrupción política y social, y por el expolio de sus ingentes recursos naturales. Todo ello le ha impedido afianzar la estabilidad y fomentar el desarrollo como bases de un proyecto nacional. Desde su independencia, el 13 de agosto de 1960, la lucha por el poder y los enfrentamientos armados han sido el denominador común: seis de los siete presidentes han llegado al poder tras una asonada militar; las fuerzas de seguridad nunca se han consolidado como una herramienta efectiva para imponer la paz; y la inestabilidad ha permitido la aparición de grupos rebeldes de diversa índole, a los que se han unido milicias procedentes del exterior.

En 2006, una violenta guerra civil asoló el país. A su término, un Acuerdo Global de Paz, firmado en Brazaville (Gabón) en 2009, estableció la instauración de un gobierno de consenso y el inicio de un proceso de reconciliación nacional. Sin embargo, el presidente Bozizé dilapidó esta nueva oportunidad para la paz, y las cuestionadas elecciones de 2011 —en las que fue confirmado en el poder— fueron el detonante final para que los grupos armados sellasen, en 2012, una inaudita alianza denominada *Seleka*, que exigía al gobierno de Bangui (capital de la República) el cumplimiento íntegro de los acuerdos de paz, que se ratificaron en enero de 2013. Ante la negativa de Bozizé a atender las reclamaciones rebeldes, Michel Djotodia —al frente de los *Seleka*— asestó un golpe definitivo al poder estatal y se autoproclamó, el 23 de marzo, el primer presidente musulmán de la República Centroafricana.

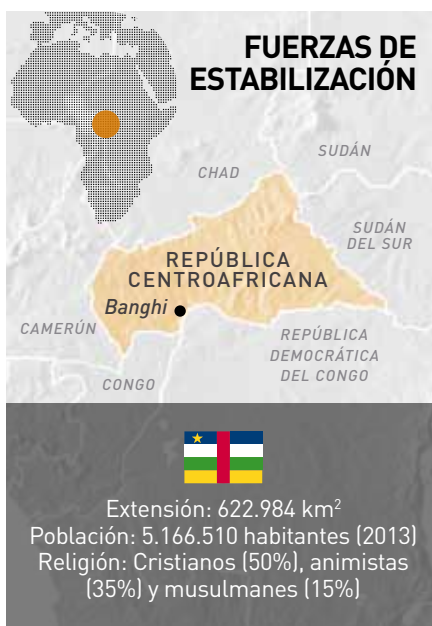
En pocos meses, Djotodia perdió el control del país, y también el de las fuerzas que le auparon al poder. A pesar de exigir el desmantelamiento de los *Seleka*, los líderes rebeldes desoyeron su petición y, convertidos en los ex *Seleka*, lanzaron una cruenta y atroz represalia contra los cristianos en todo el país, con especial virulencia en la capital Bangui. Además, la inclusión masiva de musulmanes afines en las filas de las Fuerzas Armadas de la República Centroafricana (FACA) provocó la desertión de muchos militares cristianos y leales a Bozizé, quienes con sus armas se unie-

ron a los grupos de autodefensa, los *anti balaka* (anti machete). En esa tesitura, y bajo la fuerte presión internacional y francesa, escenificada en Chad el 10 de enero, Djotodia fue forzado a dimitir. Diez días después, el Consejo Nacional de Transición dejó en manos de la presidenta interina Catherine Samba-Panza el devenir del país: «la situación es muy preocupante —declaraba el pasado 13 de marzo—, y no tengo tropas para enfrentar tanta violencia».

REVANCHA CONTRA MUSULMANES

En diciembre de 2013, coincidiendo con la llegada al país de las fuerzas francesas de la operación *Sangaris* para frenar los enfrentamientos armados y asegurar la asistencia humanitaria, se desató una revancha de odio y sangre en Bangui —una ciudad desolada y destrozada—, que también se extendió a las poblaciones norteñas de Bossangoa, Bouca y Bossanbele. Miles de milicianos chadianos y sudaneses, que se habían unido a los ex *Seleka* en su revuelta armada, huyeron al norte o escaparon del país. Así, y ante la manifiesta vulnerabilidad de esta milicia, los *anti balaka* y antiguos militares de las FACA iniciaron ataques masivos contra todos los musulmanes, que apenas representan el 17 por 100 de la población: «Cortaban cabezas y gargantas —lamenta el obispo de Bangassou, el español Juan José Aguirre—, acuchillaban a niños, ejecutaban y linchaban sin piedad. Se generó una histeria colectiva, que aún permanece».

Aunque la religión es una causa instigada del actual conflicto, la identificación de los *Seleka* con los musulmanes, y de los *anti balaka* con los cristianos, es una simplificación que no va a ayudar a resolverlo. Por el contrario, tras ella se esconde la instrumentalización política que se está haciendo de la religión en la República Centroafricana, que nunca había registrado enfrentamientos de esta índole desde su independencia. Así como los *Seleka* apoyaron la llegada al poder de Djotodia, detrás de los *anti balaka* —un grupo heteróclito y poco cohesionado de jóvenes muy violentos— también están los seguidores, bien armados y jerarquizados, del derrocado presidente Bozizé. Ahora, las mezquitas de Bangui han sido destruidas, y la población musulmana —perseguida, humillada y vilmente asesinada— se ha visto obligada a iniciar



OPERACIÓN EUFOR RCA

- Entre 850 y 1.000 militares y de la Fuerza de Gendarmería Europea.



Participación española:

- 50 soldados de Operaciones Especiales, 25 guardias civiles y 10 oficiales en el Cuartel General de Bangui y en el centro de operaciones de Larissa (Grecia).



UNIÓN AFRICANA

- 6.000 militares y policías en la Misión de Apoyo a República Centroafricana con Liderazgo Africano (MISCA).



OPERACIÓN SANGARIS

- 2.000 soldados franceses en la misión ONU para la estabilización del país.



Participación española:

- Un avión de transporte C-130 Hércules y 50 militares del Ejército del Aire, en Libreville (Gabón), para apoyo logístico.

La religión está siendo utilizada para avivar el conflicto, pero sus raíces son mucho más complejas

un éxodo vergonzoso hacia Camerún y Chad, o se refugia en las diócesis cristianas para evitar la muerte: «No estoy seguro en esta iglesia de San Pedro — dice el musulmán Aisatou Hamadou—. Todas las noches nos disparan».

En febrero, y ante este nuevo escenario de alarmante inestabilidad, la presidenta interina Samba-Panza ha declarado la guerra contra los *anti balaka*, que también han sido definidos por los jefes de las fuerzas africanas y francesas presentes en el país como «enemigos de la paz». Aunque hay milicianos que son partidarios de las negociaciones con el gobierno de transi-

mento, solo despliegan en la carretera que conecta con Camerún, donde intentan proteger a los musulmanes que huyen del país. Y dismantelar a los *anti balaka*, como reitera Samba-Panza, es un desafío imposible: «Las fuerzas internacionales no tienen este cometido, y nosotros somos incapaces de hacerlo». Mientras tanto, los grupos ex *Seleka* se esconden en el norte y noreste del país, donde ahora están saqueando las minas de diamantes y de oro; y el grupo terrorista ugandés *Ejército de Resistencia del Señor*, liderado por el sangriento John Kony, sigue campando a sus anchas, y

ta que la autoridad estatal y la seguridad no se extiendan por todo el país, algo que, por ahora y todavía a largo plazo, es totalmente inviable. Por eso, para detener la violencia y comenzar a avanzar en el proceso político, sería necesaria la participación de los antiguos dirigentes nacionales y de todas las fuerzas políticas. Y, sobre todo, que Bozize y Djotodia instaran a sus seguidores a dejar las armas, como requisito necesario para reconciliar a la población y fijar las bases para unas elecciones democráticas, previstas para febrero de 2015. «Sin un apoyo firme y la orientación de la comunidad internacional —proclamaba la presidenta Samba-Panza en Kinshasa el pasado 3 de marzo— el objetivo de estabilizar el país y regresar al orden constitucional, en tiempo y forma, no se podrá lograr».

LA REACCIÓN INTERNACIONAL

Con la Resolución 2127 del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, el 5 de diciembre de 2013, la comunidad internacional dio luz verde a la intervención militar en la República Centroafricana. Esta tiene como objetivo proteger a los civiles, estabilizar el país y restaurar la autoridad estatal en todo el territorio, además de ayudar a garantizar la asistencia humanitaria. Así, las fuerzas francesas de la operación *Sangaris* — con 1.600 efectivos— llegaron al país un día después, mientras que la Misión Internacional de Apoyo a República Centroafricana con Liderazgo Africano (MISCA, por sus siglas en francés) comenzó su despliegue el día 17. Ambas acciones han conseguido instaurar una tensa calma en los distritos centrales de Bangui, pero aún queda mucho tiempo y esfuerzo para frenar la espiral de violencia que asola la capital y el país. Además, su mandato no contempla la persecución de los grupos armados *Seleka* y *anti balaka*, que es responsabilidad única de las ineficaces FACA, lo que complica aún más la imposición de paz.

El pasado 18 de febrero, las tropas francesas, al mando del general Soriano, recibieron el refuerzo de 400 mili-



Legnan Kouliou/EFE

Un avión del Programa Mundial de Alimentos llega el pasado 5 de marzo al aeropuerto centroafricano de Mpoko, convertido en campo de refugiados.

ción, otros continúan sembrando el terror e instigando a la violencia religiosa. Frente a ellos, ni las precarias fuerzas militares regulares —que bajo el poder de Bozizé apenas alcanzaban un total de 5.000 efectivos—, ni los casi 2.000 gendarmes, son capaces de poner freno a la violencia.

INSEGURIDAD

Si la seguridad en Bangui es muy precaria, más alarmante aún es la situación en el resto del país: las unidades militares, sin vehículos y con un obsoleto arma-

sembrando el terror, en las prefecturas orientales. Por último, también preocupa la amenaza yihadista, que podría aprovechar el caos reinante para extenderse desde Camerún, donde operan y se refugian terroristas de *Boko Haram* y *Anwaru*, hasta la República Centroafricana. La llegada masiva de musulmanes a campamentos cameruneses de refugiados puede convertirse en un foco de captación para la causa yihadista. Con todo, cualquier proyecto político de reconstrucción nacional será inviable has-

tares para comenzar su despliegue fuera de Bangui, donde ya han sufrido el ataque directo de los *anti balaka*. «La misión —según declaró el ministro francés de Defensa, Le Drian— se ha prolongado porque los niveles de odio y violencia entre las comunidades religiosas han aumentado más de lo esperado». Desde entonces, están protegiendo el exilio

forzado de los musulmanes hacia Camerún y han desplazado fuerzas a la localidad de Berberati, a 400 kilómetros de la capital.

Por su parte, MISCA —bajo el mando del general Michel Mokoko— enfrenta muchos más problemas, y su presencia en el país no está dando los resultados esperados por la comunidad internacional. En la actualidad, con 6.000 militares y policiales sobre el terreno, las fuerzas africanas no están cohesionadas, no tienen una estructura firme de mando y control, y presentan importantes carencias materiales, logísticas y de financiación para salir de Bangui. A pesar de ello, 2.000 efectivos ya despliegan, con una cuestionada eficacia, en localidades como Bangui, Bouar y Bozoum, en el norte, o Bangassou, en el este. Sin embargo, el principal obstáculo para MISCA es la desconfianza por



El Alto Comisionado de la ONU para los Refugiados, Antonio Guterres, visita un campo de desplazados en Bangui el pasado 12 de febrero.

parte de la propia población, e incluso del propio gobierno de Samba-Panza. Dada la proximidad de las fronteras, las fuerzas de Camerún y Congo parecen estar más pendientes de su propia seguridad que de prestar su colaboración. Al igual que las de Chad, que se han desplazado al norte del país y, además, son acusadas por los *anti balaka* de apoyar a los grupos rebeldes *Seleka*.

Frente al enorme desafío que supone la pacificación del país, el Consejo de Seguridad de Naciones Unidas no ha alcanzado aún el consenso necesario para relevar a MISCA por una misión de Cascos Azules. Según un informe del secretario general Ban Ki Moon, esta nueva operación contará con 12.000 efectivos, pero su despliegue deberá esperar al mes de septiembre. «Estamos de acuerdo en el objetivo —señaló el jefe del Departamento

de Operaciones de Paz de Naciones Unidas, Herve Ladsous, el 13 de marzo—, pero hay cuestiones sin consensuar. El despliegue de la operación será gradual, porque requiere un alto coste económico. Sin embargo, retrasar la respuesta puede ser aún más caro, por el impacto de la inestabilidad en la región, por la división del país y por la posibilidad

de crear un caldo de cultivo para los grupos extremistas».

UN RETO POR CUMPLIR

Hoy, el fin de la violencia generalizada sigue siendo el objetivo más urgente en la República Centroafricana, y su consecución es imprescindible para poder reinstaurar el orden constitucional y para formar a unas fuerzas nacionales de seguridad y defensa capaces de garantizar, de forma autónoma, la gobernabilidad de todo el territorio de soberanía. La estabilidad y el desarrollo solo llegarán cuando se instaure un gobierno democrático, fuerte y estable; y que sea capaz de administrar los ingentes recursos naturales de los que dispone el país en beneficio de su población.

En este convulso escenario, y ante los enormes retos que enfrenta el país, la comunidad internacional debe consensuar un compromiso aún mayor y más prolongado por la paz centroafricana. Y en ese sentido, la Unión Europea, en el marco de su Política Común de Seguridad y Defensa, ha mostrado ahora su determinación para alcanzar este objetivo. Sin duda, la misión EUFOR RCA, que comenzará a desplegar en las próximas semanas y que contará con la participación de 85 militares y guardias civiles españoles, ayudará a poner orden allá donde el caos y la violencia han destrozado a todo un país. Ahora, y como siempre, la cuestión es plantearse si este esfuerzo internacional por la República Centroafricana será suficiente para cicatrizar una herida tan profunda y una situación tan envejecida.

Teniente Coronel Jesús Díez Alcalde

Analista del IEEE

Claves de la crisis

- Desde la independencia en 1960, el mal gobierno y la corrupción política y económica han hundido al país en la inestabilidad y el subdesarrollo.
- Lejos de avanzar hacia la paz, la violencia se ha extendido fuera de la capital, Bangui, aunque aún sigue siendo el foco principal de conflictividad.
- La identificación de los *Seleka* con los musulmanes, y de los *anti balaka* con los cristianos, es una aproximación muy simple al conflicto.
- Detrás del conflicto hay una lucha por el poder, entre los seguidores de Bozizé y Djotodia, que está instrumentalizando de forma torticera la religión.
- La Misión de la Unión Africana (MISCA) no está cohesionada, ni suficientemente dimensionada (entidad y equipo). No tienen mandato para neutralizar a los rebeldes.
- Desde el 5 de diciembre, según Naciones Unidas, han muerto más de 10.000 personas y hay un millón de desplazados y refugiados. La amenaza de genocidio sigue presente.